

CAÑONES DE TÁNGER



Cañones en el bulevar de Mohamed V.

MOISÉS CAYETANO ROSADO

Ha sido Tánger siempre un enclave apetecido. Su lugar estratégico -vigilando el Estrecho, entre el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, con el sur de la Península Ibérica a la vista-, es una pieza codiciada para todo el que haya soñado con dominar el mundo.

Visitado por fenicios, griegos, romanos, vándalos, bizantinos..., sería dominado por los abasíes desde el año 788, pasando a los omeyas en el 921, que realizaron sus fortificaciones básicas. Posteriormente, asentarían allí sus reales almorávides y a continuación almohades, hasta constituirse en emirato de 1421 a 1471.



En esta última fecha, los portugueses logran conquistarlo, asentándose allí durante casi doscientos años, reforzando y artillando sus murallas portentosas. En 1661 ceden la población a Carlos II de Inglaterra, como dote al casarse con Catalina de Braganza. Pero el sultán Ismaíl de Marruecos, ayudado por las cabilas del Rif, la bloquean sin descanso, hasta que los británicos no tienen otro remedio que retirarse, en 1684, no sin antes arrasar sus construcciones y murallas.

Pasaría este codiciado enclave a condominio internacional en 1925, siendo cedido a Marruecos en 1960.

De todo este incesante pasar de civilizaciones y codiciosos pobladores, quedan huellas en su traza urbana, desde la tortuosa medina y la alcazaba, hasta las expansiones residenciales y la infraestructura compleja portuaria; desde los descendientes de musulmanes (mayoría), a judíos y cristianos, de toda condición, oficio y grado de convivencia.



Y asomando por las terrazas de sus murallas, en gran parte colmatadas por construcciones posteriores, contemplamos testimonios de la presencia defensiva, que en el bulevar de Mohamed V y en el puerto conserva la presencia “amenazante” de cañones de diversa procedencia, que hoy son delicia de fotógrafos, paseantes tranquilos y niños que galopan por los cilindros inclinados.



En un rellano de este bulevar hay cuatro cañones bien curiosos, pues dos son españoles (de mediados del siglo XVII, con fecha grabada -1639- el primero, reinando Felipe IV, y del siglo XVIII el otro, reinando Carlos III); uno portugués (también del siglo XVIII, siendo rey D. João V), y el restante francés, de 1692, estando el país galo bajo el poder del Rey Sol, Luis XIV.



Abajo, en la explanada amplia del puerto, contemplo un bello cañón marroquí, del que no puedo entender –lamentablemente- la leyenda, pero igualmente de la Edad Moderna. Otros posteriores asoman por distintas cañoneras de la muralla, de mayor calibre y pretensiones antiaéreas.



Y allá al lado, la bullente medina, el intrincado laberinto de comercios agrupados por gremios, el bullicio del día que solo se apaga de madrugada y es posible disfrutarlo sosegado por la mañana, cuando la ciudad va despertando: arriba, en las paredes exteriores de la alcazaba, los campesinos

van exponiendo sus productos ecológicos y su afanoso empeño por sobrevivir, en medio de tantos siglos de azarosa historia y tanta vigilancia para con todos los puntos cardinales.



¡Ah!, los cañones de Tánger, cuánta historia y cuánto “sinvivir” para acabar en el reposo apacible de una plazoleta que llamaban vulgarmente “de los vagos”.

5 junio 2013